



CRITICA DE LIBROS

EL LUGAR DE LA PSICOLOGIA GENETICA

TOMAS R. FERNANDEZ

Oviedo

«...me interesa estudiar la estructura de la E.G. (Epistemología Genética) como ciencia. Sin duda hay que adentrarse, con ello, en un terreno que Piaget ha querido, expresamente, mantener vedado al filósofo. Pero asumo deliberadamente esta infracción al código piagetiano porque deseo, precisamente, demostrar que la Filosofía sí tiene algo que decir respecto a las ciencias y que, a pesar de la E.G., la Gnoseología filosófica es, todavía, necesaria» (p. 79).



Doner a Piaget frente al tribunal de la Filosofía es sin duda una actitud muy poco piagetiana. Más aún, bastaría con que el tribunal pudiera arrojar alguna luz sobre su proyecto de definir o constituir una epistemología científica para que se vieran por tierra algunas de las pretensiones básicas de dicha disciplina. Pues, tal como Pilar Palop nos recuerda, «la E.G. como ciencia exhibe, desde su aparición, una peculiaridad que hasta el momento ha sido insólita en la Historia de las Ciencias: la de exigir como condición de existencia una ruptura con la Filosofía» (p. 18). Y lo que es más: «al entender de Piaget... la Filosofía no debe, en modo alguno, arrogarse el derecho de reflexionar sobre las ciencias» pues tal intrusismo no sería más que «un obstáculo para el progreso» de las mismas (p. 25).

Cualquier piagetiano que se precie podrá confirmar frente al libro de P. Palop que ciertamente la Filosofía es capaz de oscurecer las perspectivas de al menos una ciencia, la E.G., pues la crítica que se realiza a lo largo de la obra descubre claramente que las pretensiones de la E.G. son hartamente oscuras ante la mirada filosófica. De

nuevo la Filosofía se afirma frente a sus presuntos enterradores del único modo posible, es decir, por su mismo ejercicio crítico. La obra que comentamos es ante todo un trabajo filosófico. Y, por mi parte, dudo que exista un análisis más completo y acertado de las coordenadas en que se mueve el sistema piagetiano. Este juicio está hecho sin la más mínima pretensión de lo que a menudo suele llamarse «neutralidad», ya que reconozco de buen grado haber asistido a la elaboración del libro desde la perspectiva privilegiada de unas ideas y proyectos filosóficos comunes con la autora (en el Dpto. de Filosofía dirigido por Gustavo Bueno en Oviedo). Pero la objetividad —en el sentido de la «validez»— pertenece a las ideas. Por eso, si alguien interpretara «a priori» semejante circunstancia personal como un prejuicio, debería antes bien parar en mientes sobre las razones objetivas que le asisten. O, dicho de otro modo, debería discurrir y, se terciara, discutir sobre el asunto (la Epistemología, la Filosofía) en vez de obnubilarse con zarandajas. Vayamos pues a la cuestión.

El libro de P. Palop se entreteteje en torno a la contradicción, básica en los postulados de Piaget, entre el estatuto (o el objeto) restringido que éste otorga a las disciplinas científicas y el papel que quiere hacer jugar a la Epistemología, de modo que aparezca a la vez como juez y parte, actor y espectador del drama de las ciencias. Dicha contradicción se persigue en el libro a través

(*) Comentarios al libro de Pilar Palop Jonquieres, «Epistemología Genética y Filosofía», Barcelona, Ariel, 1981.

de sus muy diversas modulaciones, todas ellas derivadas del intento piagetiano de asumir la tarea crítica que la Filosofía ha cumplido históricamente respecto al conocimiento.

El primer problema surge ya, por tanto, cuando Piaget trata de representarse de qué modo la E.G. puede llegar a recoger dicha herencia. Si la E.G. quiere ser científica y no ya filosófica debe entonces compaginar la continuidad con la ruptura, o sea, debe asumir los temas de la Filosofía después de matarla. Pero el crimen no es tan fácil. Por ejemplo: ¿cómo puede ser una ciencia heredera de la Filosofía si todo pensamiento proviene de la acción?. Más aún: no queriendo Piaget situar a la E.G. en un mundo especial sino convertirla en una ciencia en pie de igualdad con el resto, ha generalizado el esquema y juzgado a todas ellas herederas de la Filosofía cuyas ramas que se desgajan del árbol filosófico primitivo. Palop nos recuerda cómo esta postura ha terminado arruinando uno de los postulados más tempranos y a la vez más interesantes del propio Piaget, según el cual «la situación de la técnica por relación a la ciencia es comparable a la de la inteligencia sensorio motriz por relación al pensamiento reflexivo» (p. 49). La afirmación del origen filosófico de las ciencias se hace todavía más llamativa e inaceptable cuando se coloca al lado de las tesis piagetianas sobre la recapitulación, tesis que —como muestra nítidamente P. Palop a lo largo del tercer capítulo— obligarían a respetar ciertos paralelismos entre desarrollo individual y desarrollo histórico del conocimiento.

La antigua y después fallida sugerencia piagetiana sobre el origen práctico (y no teórico) de las ciencias adquiere, por el contrario, una coherencia y un sentido precisos bajo la alternativa defendida por P. Palop sobre el origen artesanal de las disciplinas científicas. Tal alternativa se hace aquí solidaria de una defensa de la Filosofía como actividad reflexiva que toma por objetos otros saberes ya dados, particularmente las propias ciencias. Lo curioso es que también Piaget ha defendido en algunos momentos una opción parecida, manteniéndola al lado de la metáfora que ve a la Filosofía como el tronco del árbol de las ciencias. De ahí que P. Palop no pueda por menos de admirarse de «tan intrincadas relaciones generacionales y tan insólitos lazos de parentesco» (p. 47). En aras de ese prejuicio ideológico que considera superada a la Filosofía, Piaget hace a las ciencias tanto herederas como antecesoras de la actividad filosófica. Y a partir de estos oscuros presupuestos diseña un imposible estatuto para la E.G., disciplina que ha de ser a la vez restringida y general, ciencia particular y teoría de la ciencia.

Es más que probable que este doble estatuto asignado a la E.G. no resulte en sí mismo objetable para quienes compartan con Piaget la convicción de que si estudiamos la psicogénesis poseeremos las claves científicas con que dilucidar el viejo problema de la naturaleza del conocimiento. Pero ello supone dos cosas: no sólo asumir una perspectiva psicologista en teoría de la ciencia sino también reducir la validez de los problemas clásicos de la Filosofía al ámbito estricto de la Epistemología. Ambas opciones están ligadas y constituyen el objetivo central de los análisis del libro de P. Palop. A través de dicho análisis se llega a la determinación del efectivo estatuto científico de la E.G. en contraste con la repre-

sentación inadecuada que su autor se hace de ella para otorgarle su privilegiado papel en el conjunto de las ciencias.

En cuanto a la falaz reducción de la Filosofía a Epistemología, el argumento básico, utilizado a lo largo del capítulo quinto, reside en la imposibilidad de dar cuenta de las ideas filosóficas desde una cualquiera de las categorías científicas. La diversidad categorial, en tanto que ineliminable o irreductible de hecho, sólo puede ser entendida desde un sistema de ideas cuya reconstrucción escapa a toda ciencia particular, aún tratándose de una epistemología. La autora del libro pone en juego el esquema de Gustavo Bueno sobre las relaciones ciencia-filosofía, esquema que evidencia aquí su rigurosa dimensión crítica. No se trata de postular una opción metafísica de acuerdo con la cual esas ideas filosóficas posean una existencia separada, sino de reconocer que su misma realización en las categorías científicas se establece según una estructura ontológica que resulta lógicamente inabarcable desde el interior de tales categorías. Dicho ámbito categorial, como el propio Piaget reconoce, se presenta necesaria e intrínsecamente compartimentado. Se trata pues de un aspecto central de la contradicción sobre la que Piaget asienta su ciencia epistemológica.

El otro punto importante se refiere, como decíamos, a la posibilidad de extraer de la psicogénesis unos principios generales del conocimiento, logrando así conferir a la Epistemología el carácter de ciencia general o teoría general del conocimiento científico. La cuestión básica es aquí, naturalmente, definir las características del psicologismo piagetiano estableciendo las coordenadas críticas fundamentales frente a dicha opción.

Epistemologismo y psicologismo están estrechamente ligados. Ahora bien, mientras el primero supone la reducción de la Filosofía a Epistemología como paso previo para su cancelación, el segundo se expresa de modo inmediato en el círculo de las ciencias. Su complementación es clara por cuanto la E.G. no podría ser general (teoría de la ciencia) sin asumir la tarea de extender los principios de la psicogénesis a toda forma de conocimiento. Dicho de otro modo: el programa de la E.G. es



un programa psicologista que al mismo tiempo pretende haber anulado la Filosofía. Pero en virtud de todo ello se convierte en una opción filosófica y, además, en el estricto sentido de ser una opción metafísica.

La caracterización metafísica del pensamiento piagetiano, aunque se deduce claramente de los análisis del libro no recibe en él un tratamiento especial, ya que la obra busca más bien determinar el verdadero estatuto gnoseológico de la Epistemología. El carácter científico de la E.G. no es, en todo caso, puesto en duda. Pero se trata de corregir la inadecuada representación que el propio Piaget se hace de su naturaleza, señalando los verdaderos límites dentro de los cuales se ejerce el efectivo trabajo institucional de la disciplina. Porque una cosa es postular —como en su caso— una serie de vías de reducción o generalización y otra muy distinta el que tales proyectos logren ir más allá de ser un mero postulado. En un artículo de 1978 (*El Basilisco*, nº 2) P. Palop nos mostraba ya un Piaget «psicólogo a su pesar», interesado sobre todo por la Epistemología pero movido en último extremo por una visión metafísica. A través de las páginas del libro resulta ahora más evidente que el diseño que Piaget ha hecho del «círculo de las ciencias» (aspecto clave de su sistema) viene a sustentar el papel privilegiado que la Epistemología quiere cumplir como teoría general. Dicho orden cíclico afecta ya al «dominio material» de las diversas disciplinas (ver p. 98) ligando ciencias físicas, biológicas, psico-sociológicas y matemáticas. Y la propia Epistemología, por su dominio material, queda incluida en el círculo dentro de las ciencias psico-sociológicas (p. 100). No es pues la E.G. la que dibuja básicamente esa imagen circular. Podría parecerlo en algunos eslabones particulares, como aquél que —a juicio de Piaget— une la Lógica con el campo psico-sociológico, pero no ocurre así en el campo de la Física con la Biología, por ejemplo, y ni siquiera, como veremos, en el caso especialmente relevante de la Biología con la Psicología.

Todo esto tiene especial interés para enmarcar el sentido que encierran las posiciones reduccionistas piagetianas, en orden a discernir, por ejemplo, el alcance respectivo del psicologismo y el biologismo que se alternan o conviven a lo largo de su obra.

Parece claro que la perspectiva fundamental desde la que se ordena el sistema no pertenece de hecho a la Epistemología, aunque Piaget a menudo parezca quererlo así. Su idea básica es que los mecanismos del conocimiento prolongan de modo peculiar los mecanismos biológicos de la vida, en el sentido de que las regulaciones cognitivas prolongan las regulaciones orgánicas. En realidad esta afirmación adquiere un margen de verosimilitud porque existe un estudio científico, biológico, del comportamiento en el cual muchas de las conductas estudiadas pueden, a todas luces, juzgarse cognitivas. Pero en otros contextos el concepto de «conocimiento» no presenta esta situación categorial. Cuando decimos, por ejemplo, que una ciencia cualquiera es un sistema de conocimiento, la referencia biológica no sería otra cosa que una metáfora, y cuando se lleva más allá entra en el estricto terreno de la metafísica reduccionista (biologista). La afirmación de Piaget, mantenida como principio general, posee claramente estas características y sin em-

bargo es una de las claves fundamentales que usa para definir el estatuto de la E.G. y sus pretensiones de generalidad: «la imagen que Piaget ha preferido siempre subrayar es aquella en la que los problemas epistemológicos aparecen como una determinación *sui generis* de los problemas biológicos... y la E.G. como una prolongación de la Biología» (p. 144). Aquí están —afirma Palop— los «verdaderos cimientos» de la Epistemología. Perspectivas como la piagetiana que sobrevuelan la diversidad de las disciplinas científicas y que pretenden ser además el fundamento de una determinada ordenación de las ciencias, constituyen el paradigma de una actitud metafísica cuando —como en este caso— carecen de toda precaución crítica (en el sentido kantiano). Es decir, cuando se formulan como revelaciones de la Realidad misma y «dichas» desde ningún sitio. Este es el significado o, si se quiere, el precio que Piaget debe pagar por la eliminación de la Filosofía: las ineludibles decisiones ontológicas se hacen metafísicas por ser acriticas, por desconocer el propio sistema desde el cual se formulan. En otros términos: la E.G. no es, de hecho, la teoría general de la ciencia en Piaget sino que hay una teoría más general que otorga a aquélla su lugar y su cometido. Irónica venganza de la presunta víctima de Piaget.

Si la E.G. se presenta como prolongación de la Biología lo hace pues por medio de la Psicología de la Inteligencia (ver, por ej., p. 145). Esta relación es sin lugar a dudas el punto de apoyo más importante de las pretensiones piagetianas. Y es también en torno a este núcleo donde se desarrollan los análisis críticos más interesantes del libro que comentamos. P. Palop ha conseguido al respecto uno de los alegatos más claros y convincentes contra el psicologismo epistemológico, mucho más allá del objetivo concreto de alcanzar una caracterización de las ideas de Piaget. No hace falta decir que el problema es crucial, no sólo respecto a una teoría de la ciencia sino en el marco general de la Filosofía. El psicologismo, a través de sus más diversas variantes, constituye una de las opciones sin duda más potentes y de mayor influencia a lo largo de la Historia. Ha ostentado siempre el sello del sentido común y tales credenciales parecen concederle una irresistible virtud antimetafísica. Ciertamente es que antes de la crítica kantiana sólo Dios era capaz de sustentar la hegemonía sobre la subjetividad. Pero después de Kant el psicologismo ha de enfrentarse no ya con Dios, sino con las condiciones trascendentales que confieren su propia naturaleza al conocimiento. Piaget reconoce, al menos en apariencia, tal aportación, pero pretende asumirla, contradictoriamente, desde el interior de una ciencia que expresaría —y ahora por fin de un modo científico— aquellas condiciones «a priori». La Psicología Genética y a través de ella la Epistemología quieren elevarse, por su apoyo recíproco, a ese plano trascendental imitando al barón que salía del pantano tirando de sus propios cabellos. Pues no se trata de un punto exterior de apoyo: «De hecho, la E.G., lejos de limitarse a 'prender la Psychologie au serieux', llega a verterse en ella como en un molde, extrayendo de sus conceptos todas las explicaciones y llegando a solicitar, por su mediación, el estatuto de una ciencia a la que competiría, incluso, dirimir las llamadas 'cuestiones de fundamentación'» (p. 143). La crítica de P. Palop se sitúa, pues, en esta precisa encrucijada donde las opciones siguen estando entre una definición trascendental del sujeto del conocimiento (y



de las ciencias por tanto) y el reductivismo psicologista que termina limitándose al seno de una categoría particular. El problema aparece perfectamente expresado en el siguiente párrafo: «el análisis de la génesis de los conceptos de Identidad, Causa, Espacio, Tiempo, etc... exige partir de ellos como dados trascendentalmente. Pues ¿cómo verlos en el comienzo de la vida mental sino en la medida en que *se hallan presentes* en el momento mismo de su ausencia, cuando todavía no han sido adquiridos pero están siéndolo, allí donde todavía no son pero empiezan, sin embargo, a ser, en su especificidad, contruidos?. Pero esto es lo que, según Cassirer, entrevió el propio Locke en los últimos libros de su Ensayo, donde se vió obligado a desbordar (y a negar dialécticamente) el planteamiento empirista, atomista y psicogenético de los primeros libros» (p. 75. Subrayado de la autora).

A través de los capítulos sexto y séptimo, P. Palop contrapone al proyecto de Piaget una determinación conceptual precisa del momento subjetivo, psicológico, que es sin duda inherente a todo conocimiento pero que resulta negado dialécticamente por aquel otro plano en el cual el conocimiento se constituye como tal. Toda explicación psicologista es capa de ofrecer determinaciones importantes e incluso verdaderas respecto a los fenómenos del conocimiento. Pero no son nunca las verdaderas determinaciones, porque renuncian a plantearse, incluso, aquello que hace posible la propia actividad psicológica del conocer. La estructura operatoria de una ciencia debe contar, sin duda, con sujetos operatorios. Pero éstos lo son respecto a esa ciencia porque han aprendido a operar en su seno. Es más adecuado decir que la ciencia hace a los científicos que a la inversa, porque la innegable actividad constructiva de estos últimos solamente lo es cuando se somete a condiciones cuyo contenido formal no es psicológico. La consideración de los sujetos como sujetos colectivos (psico-sociales) no cambia las condiciones del problema aunque pueda alcanzar nuevas determinaciones, también psicológicas, de evidente interés. Su conversión en Filosofía de la ciencia incurre en la misma petición de principio por renunciar a la búsqueda de las condiciones transcendentales.

Respecto al niño, es decir, al desarrollo de las primeras etapas («precientíficas») el sujeto alcanza una operatividad que está definida por los conceptos acuñados por las ciencias, las cuales se constituyen en el patrón de la psicogénesis en todos sus posibles estadios. Y cuando no puede echarse mano para el estudio de la psicogénesis de un concepto científico con una operatividad sufi-

cientemente establecida, tanto la Psicología Genética como la Epistemología pierden su marco de referencia. No es la psicogénesis la que puede diseñar los estadios de una ciencia sino que es la ciencia la que sirve para fijar estadios en la psicogénesis (el concepto *científico* de «causalidad», «tiempo», «número», «azar», etc.).

La crítica de P. Palop es ante todo una defensa del compromiso de la Filosofía con ese punto de vista trascendental cuya demostración se identifica siempre con su ejercicio. No es que sus contenidos estén introducidos «a priori». Por el contrario, se trata del trabajo con aquellas condiciones que *de hecho* atraviesan el campo plural de la ciencia estableciendo un sistema de inconmensurabilidades en su interior. La Filosofía encuentra pues sus verdaderos argumentos anti-reduccionistas en las propias relaciones no reductivas que mantienen entre sí las diversas categorías. El reduccionismo aparece ante todo como la ilusión de haber saltado por encima de estas relaciones horizontales en cuyo juego las ciencias delimitan su estatuto recíproco. El psicologismo convierte en instancia totalizadora una parcela de ese campo tan poco uniforme. De ahí que la crítica necesite distinguir entre el *ejercicio* y la *representación* aún cuando ambos se den normalmente mezclados. Porque una cosa es esa pretensión piagetiana de ver, por intermedio de la Epistemología, toda ciencia como prolongación de la-subjetividad (otorgándole incluso un sentido biológico) y otro muy diferente al alcance real del trabajo psicológico o epistemológico.

Pilar Palop ha establecido con nitidez las líneas maestras de las dos dimensiones: la crítica a la representación inadecuada de la E.G. y el establecimiento objetivo del ámbito de efectividad científica de la disciplina. Claro está que este doble análisis deja entonces poco lugar para seguir hablando en el mismo sentido que lo hace Piaget de «Epistemología», ya que su contenido categorial es más bien otra cosa: «La E.G. aparece como una especie de Psicología, o como una ciencia tan vinculada a la Psicología de la inteligencia que, si la continuidad entre una y otra se hace evidente, las diferencias mutuas, en cambio, no se saben precisar» (p. 140). Parece en suma que si a la E.G. se le restan aquellos contenidos filosóficos, que ahora se muestran básicamente contradictorios, quedaría un amplio campo categorial psico-pedagógico por el que sin duda no cabría otra cosa que admirar la figura de Piaget. Pero su proyecto básico, la Epistemología, no puede ser asumido como tal, aún cuando en su seno pueda encontrarse una gran riqueza de determinaciones y sugerencia susceptibles de una adscripción diversa y más afortunada.

El libro de Pilar Palop se presenta como un libro de escuela, es decir, como la contribución a un sistema de Ideas y a un proyecto filosófico que la autora ha compartido durante años. Y es, a todas luces, una inteligente y decisiva contribución. Todo ello acrecienta sin duda las numerosas e intrínsecas virtudes del libro, que gana de este modo en interés objetivo. Es probable, sin embargo, que tal circunstancia no sea justamente valorada en un país donde se diría que abundan los genios solitarios capaces de convertir en virtud su propio ensimismamiento pero que en realidad no hace apenas sino ejercer la modesta, cuando no inmodesta, tarea de la traducción.